



PUEBLO en LUCHA

Órgano de discusión, análisis y difusión del PDPR-EPR-TDR

Año 2, nº 9

Abril/Mayo de 2002.

¡Contra el neoliberalismo, el poder popular!



** Imperialismo y globalización*

** El olvido es un poco de muerte.*

** El sexo una categoría política.*

Publicación bimestral del
PDPR-EPR-TDR



Correo electrónico:

Pdpr_epr_tdr@hotmail.com



Página de Internet:

http://www.geocities.com/PDPR_EPR_TDR



Editorial del Pueblo



CON-
ZOC
-
MU-
-
D
-
D
-
O

EDITORIAL	4
ABRIL-MAYO: EL OLVIDO ES UN POCO DE MUERTE	8
EL SEXO ES UNA CATEGORÍA POLÍTICA	12
PARA UN MEJOR AMOR (Roque Dalton)	14
IMPERIALISMO Y GLOBALIZACIÓN (Samir Amin)	16
MUHAMMAD (Mahmud Darwix)	31
COMUNICADO	33

EDITORIAL

La sucesión vertiginosa y masiva de los eventos que acontecen en el entorno internacional, así como en el de nuestro país, demandan de nosotros una reflexión que permita exponer nuestro punto de vista respecto a los mismos.

Como podremos comprender, resulta verdaderamente complicado elegir como objeto de análisis de esta editorial uno de ellos sin asumir el riesgo de la incompletud; optar por alguno de ellos significa, también, excluir los otros aspectos de nuestra reflexión.

Para resolver este dilema hemos optado por intentar abordar, aunque no sea en profundidad, los más de ellos. Ahora bien, esta decisión implica desarrollar una editorial relativamente extensa que nos conduzca al problema de que ésta se convierta en un artículo no profundo, pero abarcativo de los aspectos que hemos considerado objeto ineludible de análisis y reflexión.

Encontrándonos embarcados en esta labor, daremos comienzo a esta cuestión.

I

Sin lugar a dudas, persiste como evento que no podemos dejar de valorar el que se refiere al “*problema palestino*». El “eje del mal” imperialista (EE.UU, Inglaterra e Israel) ha determinado liquidar, sin poder lograrlo, al heroico pueblo palestino y a su representación legítima, elegida democráticamente por su propio pueblo, la Autoridad Nacional Palestina y su máximo representante: Yasser Arafat.

Con el eufemismo de “*Guerra al terrorismo*”, un Estado racista y asesino, sirviéndose de su ejército (el mejor preparado del planeta, pues ha mantenido su actividad militarista y guerrerrista durante ya más de medio siglo) y apoyado por los otros miembros del *eje del mal*, invade los territorios palestinos para masacrar a la población indefensa y desarmada; es decir, que el concepto de guerra es, en principio, impropio, puesto que de la contraparte palestina no



encontramos el otro ejército. Lo que podemos observar es una política genocida (similar a la que los nazis impulsaron contra el comunismo y contra los judíos), que se utiliza como medio de presión psicológica, política e ideológica para intimidar al pueblo palestino y hacerlo desistir de su legítima e irrenunciable lucha por recuperar un territorio que les fue usurpado (por el *eje del mal*) hace apenas media centuria.

El *eje del mal* ha decidido impulsar una política de exterminio que, a su vez, sirva de ejemplo para que los diversos pueblos, Estados y gobiernos del mundo que pretendan oponerse a los intereses del imperialismo norteamericano, entiendan que serán atacados, como lo es hoy el pueblo palestino, por todos los medios necesarios (económicos, político-ideológicos y militares).

La masacre de Jenin, el sitio-cerco a la Catedral de Belem, el cerco y secuestro de Yasser Arafat en sus oficinas de Ramallah, el uso de población civil como escudo para el chantaje, el asesinato indiscriminado de mujeres, niños, ancianos y todo ser humano que no sea sionista por soldados israelíes; el establecimiento de campos de concentración para jóvenes palestinos, el establecimiento de retenes en la frontera de los territorios palestinos con Jerusalem, la destrucción de todos los recursos necesarios para la sobrevivencia de un gobierno, de un Estado y de un pueblo; en fin, la guerra de terror impuesta por el ejército de Israel, son evidencia irrefutable de ello.

Por su lado, el silencio cómplice de la Organización de las Naciones Unidas, el mutismo cobarde de la Comunidad Económica Europea, las temerosas declaraciones de la Liga de Países Árabes, la genuflexa y sumisa actitud de la Comunidad Internacional, el estúpido mutis del gobierno de Vicente Fox (que se declara defensor de los derechos humanos - ¡¡¡Claro que sólo en Cuba!!!-), muestran una sumisión hacia el *eje del mal*, que no descansa en realizar acciones que permitan la constitución de un imperio proto-mundial; el del Imperialismo estadounidense.

Iraq y Libia, cual islas en este mar de cobardía, no pudieron más que plantear acciones mínimas de solidaridad con el pueblo palestino; pese a ello, el *eje del mal* ha declarado su intención de realizar acciones militares contra ambos estados para castigar su osadía. No podemos permitir que estas amenazas se hagan realidad.

En estas condiciones, el pueblo palestino y su representación política (la Autoridad Nacional Palestina) no tiene otra alternativa que luchar con legitimidad, por todos los medios a su alcance, por la liberación de sus territorios y la recuperación de sus tierra y de su Estado.

II

El *eje del mal* ha expresado, a través de su líder natural (los EE.UU) que no permitirá, en

ningún lugar del planeta, la expresión de ninguna acción que contravenga a sus intereses ilegítimos; tal ha sido el caso particular, en nuestra América, de Venezuela y, naturalmente, de la Isla patriótica de Cuba.

En la patria de Bolívar, para derrocar a su gobierno legítimo representado por Hugo Chávez, se fraguó un golpe de estado (a la chilena, pero con una máscara civil de empresarios y representantes del poder económico pro-imperial, apoyados por traidores militares de corte pinochetista) que por tres días pretendieron usurpar el gobierno y devolver al imperialismo estadounidense la certeza de una sumisión incuestionable.



Desafortunadamente, para el *eje del mal*, los sectores populares de Venezuela impidieron, con una gran movilización cívica y política, el desenlace de tal propósito y devolvieron a Hugo Chávez al poder.

De nueva cuenta la Organización de las Naciones Unidas, además de la Organización de Estados Americanos, guardó un silencio cómplice; jamás se escuchó un atisbo de condena al golpe de estado. La comunidad internacional mantuvo la mirada en otros lados, jamás en la condena enérgica y explícita del golpe.

Otra vez el estúpido mutis del gobierno de Vicente Fox (que se declara defensor de los derechos humanos -¡¡¡Claro que sólo en Cuba!!!-) tampoco condenó abiertamente el golpe de estado. Parece que el gobierno panista de Vicente Fox (el de la alternancia y no el de la alternativa), se pone unos anteojos que le impiden ver la realidad real y sólo le permiten tener la ilusión de que observa lo que los ojos del imperialismo estadounidense ven.

El gobierno pro-imperialista de Vicente Fox trató de aprovechar el evento venezolano para chantajear, como lo pretende hacer en Palestina el *eje del mal*, al pueblo y gobierno cubano, se propuso comprar la dignidad y prestigio de Cuba con petróleo que supuso ya no le llegaría de Venezuela; es decir, medró con el golpe de estado en vez de condenarlo enérgicamente. Mas cálculo incorrecto le resultó contraproducente. El pueblo venezolano se encargó de impedir el éxito del golpe y el gobierno y pueblo de Cuba se encargaron de denunciar el chantaje.

III

La Organización de las Naciones Unidas asumió el compromiso de impulsar la Cumbre Mundial para la Promoción del Desarrollo, en la ciudad de Monterrey, México, durante el mes de marzo último. El gobierno mexicano (¡Otra vez el representado por Vicente Fox!) asumió la responsabilidad, como anfitrión, de otorgar todas las facilidades para que los diferentes Estados y gobiernos del mundo participaran, con base en los principios y normas de la política internacional de las Naciones Unidas. Sin embargo, contra los más elementales principios de ética política, Vicente Fox se impuso el rol de personero y amo de llaves del traspaso e intereses del eje del mal, y, sobremano, de los Estados Unidos y de su presidente Georges Bush (Jr).

Tuvo el desatino de intentar impedir la Participación del Comandante Fidel Castro, y se mostró como un ignorante, imbécil y estúpido, al tratar a un Jefe de Estado como si fuese un vasallo o algún esclavo. Pero lo más grave fue que se mostró con meridiana nitidez el carácter del Estado y gobierno de México: Como un Estado y gobierno genuflexo y servil para con los Estados Unidos y, desde luego, para con el *eje del mal*.

Por su parte, el Secretario de Relaciones Exteriores, Jorge Castañeda (ardido y dolido con el pueblo y gobierno cubano), tuvo el descaro de acusar al Comandante Fidel Castro de ser un mentiroso, se propuso engañar al pueblo de México, acusando al gobierno de Cuba de las estupideces del gobierno de Vicente Fox. Santiago Creel, Secretario de Gobernación, con la misma estulticia, pretendió acusar al gobierno cubano de falto de ética y de tramposo al haberle tendido una celada a Vicente Fox. Sin embargo, la denuncia pública del “telefonazo” dejó a cada quien en su lugar. El gobierno de México ocupó, claramente el que le ha correspondido; el de vasallo defensor de los intereses del imperialismo norteamericano.

Tratando de evitar el resultado inevitable, medró con el golpe de estado en Venezuela y buscó el chantaje...

Cuando el gobierno de los Estados Unidos, a través del gobierno uruguayo, fraguó la condena al gobierno de Cuba por supuestas violaciones a los derechos humanos de los cubanos, no dudó ningún instante para alinearse a los intereses imperiales y, consecuentemente, se sumó a una política internacional injerencista promovida por el *eje del mal*. Sin embargo, el silencio y la complicidad fueron evidentes para con las cuestiones palestina y venezolana.

Tras estos eventos el gobierno de Vicente Fox quedó como lo que es: Un gobierno al servicio de los intereses de los Estados Unidos, un gobierno que no representa los intereses del pueblo de México, un gobierno de mentirosos, tramposos, chantajistas, oportunistas, proimperialistas y, finalmente, un gobierno de la aternancia, no de la alternativa para nuestro pueblo.

ABRIL-MAYO: EL OLVIDO ES UN POCO DE MUERTE

La memoria es, ciertamente, un poco de nuestra epidermis; la memoria es un conjunto de pedazos que nos permiten asirnos al presente para proyectar nuestro destino hacia lugares que no pierden la base de su sustento. La memoria no es sólo un recurso psicológico que nos permite mantener la identidad personal, colectiva e histórica; es, sobre todo, el instrumento que pervive a la existencia de los individuos y que permite anular la muerte de la experiencia colectiva y social de nuestro pueblo.

La memoria es un pedazo de nuestra historia, es un fragmento de los hechos que nos han dado sentido en el devenir; por ello es importante no permitir que la memoria se pierda con las muertes sucesivas de los seres humanos. La experiencia transmitida oralmente ha sido fuente de recuperación de la experiencia, sin embargo, los viejos, inexorablemente, mueren y, también, nosotros moriremos. Para no dejar que el tiempo se lleve la experiencia es necesario escribir; la escritura permite la supervivencia de la experiencia a través del tiempo, gracias a la escritura nada se pierde, todo se conserva...



General Zapata

I.

Un diez de abril, del año de 1919, en Chinameca Morelos, fue muerto a mansalva, Zapata, el gran insurrecto.

El general Emiliano Zapata Salazar, jefe del Ejército Libertador del Sur, representa en el curso de nuestra historia, el ejemplo vivo de la necesidad de mantener un espíritu y una disposición a la lucha permanente por la defensa irreductible de los intereses genuinos de nuestro pueblo.

El general Emiliano Zapata y el Ejército Libertador del Sur, representan la indestructible existencia de los principios irrenunciables a la resistencia legítima contra la usurpación de un proyecto que jamás pudo representar el carrancismo y el obregonismo.

El general Emiliano Zapata y el Ejército Libertador del Sur representan la única opción que nuestro pueblo tiene para enfrentar las acciones antipopulares que impulsa el gobierno pro-imperialista de Vicente Fox y el PAN.

Cada año, el gobierno en turno representa un circo llamado homenaje al general Emiliano Zapata, sin su Ejército Libertador del Sur. Cada año, el gobierno en turno, echa más tierra sobre los recuerdos del significado histórico político de la lucha del general Emiliano Zapata y de su Ejército Libertador del Sur. Cada año, el gobierno en turno, pretende usurpar el significado histórico de la lucha del general Emiliano Zapata y del Ejército Libertador del Sur. Cada año, el gobierno en turno, cubre con un manto de caudillismo la relevancia histórica de la lucha de Emiliano Zapata contra la pretendida negación de que la tierra debe ser para quien la trabaja y no para los explotadores de los trabajadores del campo y la ciudad.

Este diez de abril debemos recordar que los campesinos, en nuestra patria y en cualquier lugar del mundo, son el aliado natural de los obreros que conforman, junto con los primeros, la alianza obrero campesina, sustento de la lucha contra el gran capital y el neoliberalismo.

La lucha por devolver su humanidad al sector campesino-indígena de nuestra patria tiene como gesta más relevante, el Ejército Libertador del Sur y la vida del general Emiliano Zapata.

Este diez de abril podemos rendir como homenaje a esta historia que no podemos olvidar, la lucha por mantener la organización viva de los sectores populares que podrán garantizar que el poder popular sea el antídoto contra la enfermedad nociva del olvido.

II.

«Si creéis que ahorcándonos podéis acabar con el movimiento obrero ... el movimiento del cual los millones de oprimidos, los millones que laboran en la miseria y la necesidad esperan su salvación -si ésta es vuestra opinión, ¡entonces ahorcanos! Aquí pisoteáis una chispa, pero allí y allá, detrás de vosotros, frente a vosotros, y por todas partes, las llamas surgirán. Es un fuego subterráneo. No lo podréis apagar». Albert Spies, uno de los condenados por pedir el reconocimiento de los derechos de los trabajadores (ejecutado en Chicago el 11 de noviembre de 1887).



Por otro lado, el primero de mayo representa el hecho histórico de mayor relevancia en la historia del movimiento obrero.

El 1 de mayo es el día mas importante en la historia de la lucha de clases, representa el irrenunciable e ineludible objetivo histórico de la lucha contra el gran capital y, desde luego, el neoliberalismo.

El 1 de mayo representa el día en el cual ningún trabajador de la vida industrial puede renunciar a la lucha, no sólo por elevar la calidad de vida de los trabajadores o por la mejora de sus condiciones de trabajo.

Es, de manera fundamental, el día que representa la lucha del trabajo contra el capital y contra su modo de producción de las condiciones materiales de vida.

El 1 de mayo representa la lucha por la transformación radical (de raíz) del modo injusto de vivir a que condena el gran capital a la mayoría de la población que habita nuestro planeta. Es el día que los trabajadores, del campo y la ciudad, debemos recordar como el faro que guía nuestro

destino. A saber: un mundo sin propiedad privada de los medios de producción y sin explotación del ser humano por el ser humano. Representa el día en que los trabajadores debemos mantener el principio de que la organización popular es el antídoto de todo movimiento de izquierda revolucionaria, contra el neoliberalismo como expresión más desarrollada del imperialismo capitalista estadounidense.

III.

La memoria es el sustento de la identidad.

No podemos olvidar los elementos que conforman nuestra identidad política, ideológica e histórica; sin memoria somos algo menos que entes vagando como animales sin destino, sin voluntad y sin conciencia. La memoria nos sostiene, nos identifica y nos permite la continuidad.

No permitamos que nos dejen huérfanos y desmemoriados.

¡CONTRA EL NEOLIBERALISMO, EL PODER POPULAR!

PARTIDO DEMOCRÁTICO POPULAR REVOLUCIONARIO

EJERCITO POPULAR REVOLUCIONARIO

TENDENCIA DEMOCRÁTICA REVOLUCIONARIA

PDPR-EPR-TDR

EL SEXO ES UNA CATEGORÍA POLÍTICA

Ciertamente el sexo es una categoría política y cuando hablo de él no lo hago aludiendo al acto amoroso, me refiero a los géneros que distinguen lo femenino de lo masculino o lo masculino de lo femenino.

Cuando las mujeres queremos hablar de nosotras mismas, es lugar común empezar con la queja, el reclamo ancestral, la descripción lastimosa de nuestras vidas, el dolor, el silencio eterno, en fin todo lo que nos pesa desde que tenemos memoria. Sin embargo pocas veces reflexionamos y proponemos caminos para modificar esta situación.

Por esto importa señalar que el sexo es una categoría política y para probarlo basta señalar que en nuestro país más de la mitad de la población está formada por mujeres-50 millones frente a 48 millones de hombres-, la quinta parte de ellas son indígenas distribuidas en todo el territorio y más de la mitad están incorporadas en el mercado de trabajo. Esto quiere decir que el país no podría caminar sin el aporte de esta activa población, tampoco sería posible la cotidiana marcha de millones de hogares, oficinas instituciones, tiendas, mercados, empre-



Mujer madre y trabajadora, 1934 (circa)

sas, maquiladoras, sembradíos, escuelas, hospitales, etc.

Prácticamente la presencia femenina en los ámbitos políticos, sociales y económicos ha roto el esquema tradicional de la mujer aislada en los trabajos domésticos “propios de su sexo” pues el desarrollo del capitalismo ha producido las condiciones necesarias, objetivas, para la inserción de la mujer en los espacios considerados exclusivos para los hombres, tanto es así que sin su participación en las luchas libertarias de la Independencia, la Revolución o en las organizaciones revolucionarias del siglo pasado, hubiera sido muy difícil concretar los logros que esas luchas produjeron.

A pesar de todo esto nuestra situación parece no sólo no haber cambiado, sino que más bien se ha agravado, pues a los deberes tradicionales se han añadido los nuevos. Qué pasa entonces con la posibilidad de transformación, de participación que la modernización ha abierto para nosotras, por qué seguimos estando en un papel subordinado, en un segundo plano si objetivamente las condiciones deberían situarnos en los mismos niveles que los hombres.

La falta de desarrollo de nuestras condiciones subjetivas son un elemento importante de freno para nuestro desarrollo pleno. En términos marxistas diríamos, junto a Roque Dalton, que es necesario dejar de ser mujeres en sí para convertirnos en mujeres para sí, “constituir a la mujer/a partir de su humanidad/ y no de su sexo,/ saber que las labores propias del hogar/ son las labores propias de la clase social a que pertenece ese hogar.

Tenemos que aprender a asumir nuestro papel de mujeres no como una carga individual sino como una responsabilidad social, tenemos que producir un andamiaje instrumental que nos permita enfrentar el trabajo arduo y profundo tanto de las relaciones hombre-mujer como el de las relaciones sociales y políticas, es en el nivel de la subjetividad y en el de la lucha ideológica en donde tenemos que dirigir nuestros esfuerzos para una verdadera transformación, luchar contra nosotras mismas, contra nuestros fantasmas es parte de la batalla que tenemos que pelear.

PARA UN MEJOR AMOR

El sexo es una categoría política

Nadie discute que el sexo
es una categoría en el mundo de la pareja:
de ahí la ternura y sus ramas salvajes.

Nadie discute que el sexo
es una categoría familiar:
de ahí los hijos,
las noches en común
y los días divididos
(él buscando el pan en la calle,
en las oficinas o en las fábricas;
ella, en la retaguardia de los oficios domésticos,
en la estrategia y la táctica de la cocina,
que permitan sobrevivir en la batalla común
siquiera hasta el fin de mes).

Nadie discute que el sexo
es una categoría económica:
basta mencionar la prostitución,
las modas, las secciones de los diarios
que sólo son para ella
o sólo son para él.

Donde empiezan los líos
es a partir de que una mujer dice
que el sexo es una categoría política

Porque cuando una mujer dice
que el sexo es una categoría política
puede dejar de ser una mujer en sí
para convertirse en mujer para sí,

constituir a la mujer en mujer
a partir de su humanidad
y no de su sexo,
saber que el desodorante mágico con sabor a limón
y jabón que acaricia voluptuosamente sus pies
son fabricados por la misma empresa que fabrica el napalm.
Saber que las labores propias del hogar
son las labores propias de la clase social a que pertenece ese hogar,
que la diferencia de sexos
brilla mucho mejor en la profunda noche amorosa
cuando se conocen todos los secretos
que nos mantenían enmascarados y ajenos.

Roque Dalton



Herlinda Perry en Ciudad Juárez, en 1911

Consideramos que nuestro boletín revolucionario debe, además de reflejar nuestra concepción político-ideológica sobre la realidad que hoy se vive tanto en el concierto internacional como en la vida nacional, aportar elementos conceptuales y teóricos para favorecer la reflexión y el estudio de la teoría revolucionaria; en este sentido, la inclusión de algún ensayo teórico que es elaborado por algún personaje que reflexiona sobre las alternativas que hoy tenemos los revolucionarios parece una opción válida, independientemente de que estemos o no de acuerdo con la posición de tales autores.

Rehuir al conocimiento, análisis y discusión de las diversas posturas político-ideológicas que se presentan, hoy por hoy, en diferentes regiones del planeta no puede ser la actitud que los revolucionarios debemos mantener. Es nuestro deber y responsabilidad analizar y argumentar el por qué de nuestras diferencias y de nuestras concepciones.

Por lo que acabamos de decir, presentaremos en este número un trabajo de Samir Amín, quien es uno de los economistas árabes –nacido en Egipto y radicado en París– de importante influencia en la reflexión y discusión sobre el desarrollo del capitalismo en nuestra época. Amín es director del Foro del Tercer Mundo en Dakar, Senegal.

El ensayo aquí incluido versa sobre cuestiones relativas al Imperialismo y la globalización, temas de actualidad indiscutible, así como de relevancia fundamental.

Como también hemos venido haciendo, nuestras observaciones respecto al contenido del trabajo del autor, serán incluidas en notas de pie de página que tendrán la siguiente clave al fin de cada nota (N del E).

Imperialismo y globalización (Samir Amin) junio del 2001.

El imperialismo no es una etapa, ni siquiera la etapa más alta del capitalismo: desde el comienzo es inherente a la expansión del capitalismo. La conquista imperialista del planeta por los europeos y sus hijos estadounidenses, se realizó en dos fases, y quizás esté entrando en la tercera.¹

¹ Como sabemos, fue Lenin quien planteó que el Imperialismo era una etapa o fase del desarrollo del capitalismo; no cualquier fase, sino la fase superior y última del capitalismo, como Modo de Producción dominante. De aquí en adelante el socialismo vino a ser la alternativa previsible al capitalismo y sus secuelas de barbarie, explotación, dominación y subordinación; según planteó Lenin siguiendo a Marx. En este artículo, Samir Amín propone que el Imperialismo no es ni una etapa, ni la última del capitalismo, desliza la idea de que el Imperialismo es una característica esencial del capitalismo, un rasgo inseparable de su naturaleza, no una etapa. Tal vez cabría considerar por nuestra parte que el momento actual de expansión del capital, llamada neoliberalismo, no es un momento más ni una tercera fase de expansión imperialista, sino que el Imperialismo desarrolla formas de adecuación a las nuevas condiciones existentes y que el Imperialismo, como fase superior y última del capitalismo, aún pervive y no tiene visos de concluir en el corto plazo. (N de la R).

La primera fase de esta empresa en desarrollo, se organizó en torno a la conquista de las Américas, dentro del marco del sistema mercantil de la Europa Atlántica de aquella época. El resultado claro fue la destrucción de las civilizaciones indígenas y la Hispanización/Cristianización o, simplemente, el genocidio total sobre el que se construyeron los EEUU.² El racismo fundamental de los colonos Anglo-Sajones explica por qué el modelo se reprodujo en todas partes, en Australia, en Tasmania (el genocidio más completo de la historia) y en Nueva Zelanda. Si los católicos españoles actuaban en nombre de la religión que debía ser impuesta a los pueblos conquistados, los protestantes anglo-sajones derivaban de su particular lectura de la Biblia el derecho a eliminar a los «infieles». La infame esclavitud de los negros, que se hizo necesaria tras el exterminio de los indios, se impuso bruscamente para asegurar que las partes útiles del continente pudieran ser explotadas. Nadie, hoy día, puede dudar de los motivos reales de todos estos horrores, a menos que se ignore su relación íntima con la expansión del capital. Sin embargo, los europeos contemporáneos aceptaron el discurso ideológico que los justificaba -y las voces de protesta como la del Padre Las Casas- no encontraron muchos simpatizantes.³

Los desastrosos resultados que produjo este primer capítulo de la expansión capitalista mundial, hizo que más tarde las fuerzas de liberación desafiaran la lógica de su producción. La primera revolución del hemisferio Occidental fue la de los esclavos de Santo Domingo (lo que hoy es Haití), a fines del siglo XVIII, seguida más de un siglo después por la revolución mexicana de la década de 1910, y cincuenta años después por la revolución Cubana. Y si no cito aquí la famosa «revolución Americana» o las de las colonias de España que la siguieron, es porque éstas sólo transfirieron el poder de decisión de las metrópolis a los colonos de modo que éstos continuaron haciendo lo mismo, persiguiendo los mismos proyectos, aún con mayor brutalidad, sólo que sin tener que compartir las ganancias con «la madre patria».

La segunda fase de la devastación imperialista se basó en la revolución industrial y se manifestó en la sujeción colonial de Asia y de África.⁴ «Para abrir los mercados» -como el mercado del opio

² Es importante manifestar que la conquista de América, por España y Portugal, pese a responder a las necesidades de expansión de las rutas comerciales (es decir, del mercado), no era expresión aún del capitalismo como Modo de Producción dominante, sino de la decadencia del Feudalismo europeo; por esta razón, al decir de José Carlos Mariátegui, España y Portugal no dejaron un nuevo Modo de Producción de las condiciones materiales de existencia de la población, sino se dedicaron al saqueo de las colonias para financiar sus guerras de resistencia al desarrollo de un nuevo Modo de Producción: El capitalismo. Por otro lado, el desarrollo de los EEUU no estaba asociado a esta conquista aunque sí a las guerras de independencia regional. (N de la R).

³ Considérese lo mismo que en la nota 2. (N de la R).

⁴ Vale decir que el capitalismo, como Modo de Producción dominante, iniciaba en esta época histórica su desarrollo; en consecuencia, el Imperialismo aún no hacía su aparición. La Revolución Industrial (cuyo auge se observó en Inglaterra, Francia y los EEUU), sostenida por el desarrollo científico técnico, fue, como Marx consideró siempre, un paso revolucionario en su época, como alternativa al decadente y atrasado Modo de Producción Feudal. Al parecer, en su artículo, Samir Amín considera que el Colonialismo y el Imperialismo son lo mismo; puede ser conveniente, por ello, expresar que el colonialismo es, efectivamente, una forma de expansión capitalista y, probablemente, el inicio del Imperialismo. (N de la R).

que fue impuesto a los chinos por los puritanos de Inglaterra- y apoderarse de los recursos naturales del globo fueron los motivos reales aquí, como ya todos saben. Pero una vez más, la opinión europea -incluyendo al movimiento obrero de la Segunda Internacional- no ve estas realidades y acepta el nuevo discurso legitimador del capital. En esta ocasión se trató de la famosa «misión civilizadora». Las voces que expresaron el pensamiento más claro de la época fueron las de los burgueses cínicos, como Cecil Rhodes, que apreció la conquista colonial como un antídoto a la revolución social en Inglaterra. Una vez más, las voces de protesta -desde la Comuna de París a los bolcheviques- tuvieron poca resonancia.⁵ Esta segunda fase del imperialismo está en el origen del más grande problema con el que se ha enfrentado la humanidad: la inmensa polarización que ha aumentado la desigualdad entre las personas de una proporción de dos a uno en los alrededores del 1800, a la de 60 a 1 en nuestros días, en donde sólo el 20% de la población mundial queda incluida en los centros que se benefician con el sistema. Al mismo tiempo, esos prodigiosos logros de la civilización capitalista dieron lugar a las más violentas confrontaciones entre los poderes imperialistas que el mundo haya visto. La agresión imperialista otra vez produjo las fuerzas que resistieron ese proyecto: las revoluciones socialistas que ocurrieron en Rusia y en China (de un modo nada de accidental, todas ocurrieron en periferias que eran víctimas de la expansión polarizadora del capitalismo realmente existente) y las revoluciones de liberación nacional. Su victoria dio medio siglo de respiro, tras la Segunda Guerra Mundial, que alimentó la ilusión de que el capitalismo, obligado a ajustarse a las nuevas situaciones, al menos se las había arreglado para llegar a civilizarse.

La cuestión del imperialismo (y tras ésta, su opuesto, la liberación y el desarrollo) han continuado pesando en la historia del capitalismo hasta el presente. Así la victoria de los movimientos de liberación que justo después de la Segunda Guerra Mundial gana la independencia política de naciones de Asia y de África, no sólo puso fin al sistema del colonialismo sino que, también, de cierta manera, llevó al final de la era de la expansión Europea que había comenzado en 1492. Durante cuatro siglos y medio, desde 1500 a 1950 esa expansión había sido la forma adoptada por el desarrollo del capitalismo histórico, de modo que estos dos aspectos de la misma realidad habían llegado a ser inseparables. Para ser más exactos, el «sistema mundial del 1492» ya había sido roto a finales del siglo XVIII y a comienzos del XIX por la independencia de las América. Pero esta quiebra había sido sólo aparente, ya que la referida independencia se alcanzó, no por los indígenas o los esclavos importados por los colonos (excepto en Haití), sino por los mismos colonos, que intentaron transformar a América en una segunda Europa. La independencia reconquistada por los pueblos de Asia y África buscó un significado diferente.

Las clases dirigentes de los países coloniales de Europa no dejaron de entender que se había dado vuelta una página en la historia. Se dieron cuenta que debían abandonar el punto de vista tradicional de que el crecimiento de su economía capitalista doméstica estaba unido al éxito en la

⁵ Evidentemente la Revolución Bolchevique tuvo muchas más consecuencias y resonancia de la que Amín le otorga; al margen de la decadencia de la URSS y de los países del Bloque socialista en Europa del Este, el socialismo sigue siendo la única opción visible para resolver las condiciones miserables de vida a que condena al grueso de la humanidad el Imperialismo capitalista como Modo de Producción Dominante. (N de la R)

expansión imperial. Era el punto de vista que había sido mantenido no sólo por los poderes coloniales -primordialmente Inglaterra, Francia y Holanda- sino también por los nuevos centros capitalistas formados en el siglo XIX -Alemania, EEUU y Japón-. De acuerdo a esto, los conflictos intra-Europeos e internacionales eran primordialmente luchas por las colonias del sistema imperialista de 1492. Se entendía que los EEUU se reservaba para sí los derechos exclusivos sobre todo el nuevo continente.

La construcción de un gran espacio Europeo -desarrollado, rico, que contara con un potencial tecnológico y científico de primera clase y fuertes tradiciones militares- pareció constituir una sólida alternativa sobre la que se podía basar el nuevo crecimiento de la acumulación capitalista, «sin colonias» -esto es, sobre la base de un nuevo tipo de globalización, diferente a la del sistema de 1492-. El problema que quedaba en pie, era cómo, de qué manera, este nuevo sistema mundial podía diferenciarse del antiguo, si continuaba siendo tan polarizado como el anterior, aún con una nueva base, o si dejara de ser así.

Sin duda, esta construcción, que está muy lejos de terminarse, pero que sí está atravesando una crisis que pone en cuestión su significado a largo plazo, sigue siendo una tarea difícil. No se han encontrado todavía fórmulas que hagan posible la reconciliación de las realidades históricas de cada nación, que tanto pesan sobre la formación de una Europa políticamente unida. Agréguese a eso, la visión de cómo este espacio económico y político europeo pueda calzar con el nuevo sistema global, que tampoco está construido, lo cual hace que todo permanezca ambiguo, para no decir nebuloso. ¿Será este espacio económico el rival del otro gran espacio, el que fue creado en la segunda Europa por los EEUU? De ser así, ¿de qué modo esta rivalidad afectará las relaciones de Europa y de los EEUU con el resto del mundo? ¿O actuarán en concierto? En este caso, ¿los europeos aceptarán participar como socios en esta nueva versión del sistema imperialista de 1492, manteniendo sus opciones políticas en conformidad con Washington? ¿Bajo qué condiciones la construcción de Europa podría ser parte de una globalización que pusiera fin definitivo al sistema de 1492?

Hoy presenciamos el comienzo de una tercera ola de devastación del mundo por una expansión imperialista, apoyada por el colapso del sistema Soviético y de los regímenes nacionalistas populares del Tercer Mundo. Los objetivos del capital dominante siguen siendo los mismos -el control de la expansión de los mercados, el saqueo de los recursos naturales de la tierra, la superexplotación de las reservas de trabajo en la periferia- aún cuando todo esto se persiga bajo condiciones que son nuevas y en muchos aspectos muy diferentes de las que caracterizaron la fase precedente del imperialismo. El discurso ideológico diseñado para asegurar el predominio de los pueblos de la tríada central (EEUU, Europa Occidental y Japón), ha sido remozado y ahora se funda en «el derecho a intervenir», que supuestamente se justifica en «la defensa de la democracia», «los derechos de los pueblos» y en el «humanitarismo». Los ejemplos de duplicidad son tan flagrantes que para Africanos y Asiáticos llega a ser obvio el cinismo con que se usa este lenguaje. La opinión occidental, sin embargo, ha respondido con el mismo entusiasmo como frente a las justificaciones de las primeras fases del imperialismo.

Todavía más: para alcanzar este fin, los EEUU llevan a cabo una estrategia sistemática diseñada para asegurar su absoluta hegemonía mediante una demostración de poder militar que consolida

tras él a todos los socios de la Tríada. Desde este punto de vista, la guerra de Kosovo cumplió con una función crucial, obtener la total capitulación de los estados de Europa, que apoyaron la posición americana sobre los nuevos «conceptos estratégicos» adoptados por la OTAN, inmediatamente después de «la victoria» en Yugoslavia en abril 23-25, de 1999. En este «nuevo concepto» (referido rudamente al otro lado del Atlántico como «la doctrina Clinton»), la misión de la OTAN queda, para todos los fines prácticos, extendida a toda el Asia y el África (Los EE.UU. ya desde la Doctrina Monroe, se reservaban el derecho a intervenir en América), lo que viene a ser una admisión de que la OTAN ya no es una alianza defensiva sino un arma ofensiva de los EEUU. Al mismo tiempo, esta misión es definida en los términos más vagos que se pudiera imaginar, para incluir nuevas «amenazas» (crimen internacional, «terrorismo», el «peligroso» armamento de países que están fuera de la OTAN, etc.), lo que llanamente hace posible justificar casi cualquier agresión que pudiera antojársele a los EEUU. Clinton, no se hizo del rogar para referirse a «estados deshonestos», a los que habría que atacar «preventivamente», sin especificar lo que quería decir por la tal deshonestidad.

Agréguese que la OTAN se libera de toda obligación para actuar sólo bajo un mandato de las Naciones Unidas, que es tratada con un desprecio similar al que mostraron los poderes fascistas con la Liga de las Naciones (hay una asombrosa similitud en los términos utilizados).

La ideología americana es cuidadosa en empaclar su mercancía, el proyecto imperialista, en el inefable lenguaje de «la misión histórica de los EEUU». Una tradición heredada desde los comienzos por «los padres fundadores», seguros de su inspiración divina. Los liberales americanos -en el sentido político del término, los que se consideran a «la izquierda» en su sociedad- comparten esta ideología. De acuerdo con esto, presentan la hegemonía americana como necesariamente «benigna», la fuente del progreso en escrúpulos morales y en la práctica democrática, que necesariamente están ahí para dar ventajas a quienes, a sus ojos, no son víctimas de este proyecto, sino sus beneficiarios. La hegemonía Americana, la paz universal, la democracia y el progreso material se juntan como términos inseparables. Por supuesto, la realidad queda en cualquier otra parte.

La increíble extensión en que la opinión pública europea (y particularmente la opinión de la izquierda, en lugares en donde tiene la mayoría) se ha juntado en torno a este proyecto -la opinión pública en los EEUU es tan ingenua que no plantea ningún problema- es una catástrofe que no dejará de tener consecuencias. Las intensas campañas de los medios, enfocadas hacia regiones hacia donde se dirige la intervención americana, sin duda explica este amplio acuerdo. Pero más allá de eso, la gente en Occidente está persuadida de eso porque los EEUU y los países de la Unión Europea son «democráticos», sus gobiernos son incapaces de tener «malas intenciones», algo que queda reservado solamente a los sangrientos «dictadores» del Oriente. Están tan cegados por esta convicción que olvidan la influencia decisiva de los intereses del capital dominante. Y así, una vez más los pueblos de los países imperialistas se niegan una conciencia clara.

Desarrollo y Democracia: los aspectos inseparables de un mismo movimiento

La democracia es uno de los requerimientos absolutos del desarrollo. Pero todavía tenemos que explicar por qué, y bajo qué condiciones, porque es sólo muy recientemente que esta idea ha sido,

al parecer, generalmente aceptada. Hasta hace poco el dogma dominante en Occidente, en el Oriente y en el Sur, era que la democracia era un «lujo» que sólo podía llegar cuando «el desarrollo» hubiera solucionado los problemas materiales de la sociedad. Esa fue la doctrina oficial compartida por los círculos dirigentes del mundo capitalista (por los EEUU para justificar su apoyo a los dictadores militares de América Latina, y a los Europeos para justificar sus propios regímenes autocráticos en África); por los estados del Tercer Mundo (en donde el desarrollismo latinoamericano se expresó tan claramente);⁶ y por Costa de Marfil, Kenya, Malawi, y muchos otros países que demostraron que los países socialistas no fueron los únicos en gobernarse con partidos únicos; y por los gobernantes del sistema soviético.

Pero ahora, de la noche a la mañana, la proposición se ha invertido en su opuesto. En todas partes, o en casi todas, hay un discurso oficial cotidiano acerca de la preocupación por la democracia, la certificación de la democratización, otorgada en debida forma, es una «condición» para obtener ayuda de las grandes y ricas democracias, etc. La credibilidad de esta retórica es particularmente dudosa cuando el principio de «doble estándar», que es aplicado en perfecto cinismo, de un modo tan liso y llano revela en la práctica la verdadera prioridad dada a otros objetivos no dados a conocer, que los círculos dominantes intentan alcanzar por pura y simple manipulación. Esto no es negar que ciertos movimientos sociales, aunque no todos, realmente pueden tener objetivos democráticos, o que la democracia es realmente la condición del desarrollo.

Democracia es un concepto moderno, en el sentido de que coincide con la misma definición de modernidad -si, como sugiero, entendemos por modernidad la adopción del principio de que los seres humanos individual y colectivamente (esto es, como sociedades) son responsables de su historia. Antes de que formularan tal concepto, los pueblos tuvieron que liberarse de las alienaciones características de las formas de poder que precedieron al capitalismo, fueran estas las alienaciones de la religión o las que tomaban la forma de las «tradiciones» concebidas como permanentes, como hechos transhistóricos. Las expresiones de la modernidad, y de la necesidad de democracia que se implicaba, datan de la Edad de la Ilustración.⁷ La modernidad en cuestión es por eso sinónimo de capitalismo, y la democracia que él produjo es limitada como el resto, como lo es el mismo capitalismo. En sus formas históricas burguesas -que son las únicas conocidas y practicadas hasta ahora- se constituye sólo como un «estadio». Ni la modernidad ni la democracia han alcanzado el extremo de su desarrollo potencial. Es por eso que prefiero el término «democratización», que enfatiza el aspecto dinámico de un proceso todavía no terminado, al término «democracia», que refuerza la ilusión de que podemos dar con una fórmula definitiva para él.

El pensamiento social burgués se ha basado desde sus comienzos, desde la Ilustración, en la

⁶ El Desarrollismo es un concepto que se refiere a las políticas económicas impulsadas en América Latina para acceder a la democracia; se consideraba que el desarrollo económico capitalista era una precondition para acceder a un gobierno democrático y respetuoso de los más elementales derechos jurídicos de la población. Se decía que el atraso económico de los Estados latinoamericanos era un obstáculo para la democracia, sin adjetivos. (N de la R).

⁷ Se refiere aquí al periodo de la fundamentación filosófica del capitalismo. (N de la R).

separación entre los diferentes dominios de la vida social -entre otros, su manejo económico y su manejo político- y la adopción de diferentes principios específicos que se supone son la expresión de demandas particulares de la «razón» en cada uno de estos dominios.⁸ De acuerdo con este punto de vista, la democracia es el principio razonable de la buena administración política. Desde que los hombres (en aquella época, no había ninguna razón para incluir a las mujeres), o, más precisamente, ciertos hombres (aquellos que estaban bien educados o bien acomodados), son razonables, ellos tendrían la responsabilidad de hacer leyes bajo las cuales vivir y de seleccionar, por elección, a aquellas personas que se encargaran de ejecutar tales leyes. Por otra parte, la vida económica, es dirigida por otros principios que también eran concebidos como la expresión de demandas de la «razón» (sinónimo de naturaleza humana): la propiedad privada, el derecho a ser empresario, la competencia en los mercados. Conocemos este grupo de principios como los del capitalismo, que en si mismos nada tienen que ver con los principios de la democracia. Este es el caso especialmente si pensamos la democracia como implicando igualdad -la igualdad de los hombres y las mujeres-, por supuesto, pero también la de todos los seres humanos (teniendo en mente que la democracia Americana olvidó a sus esclavos hasta 1865 y olvidó todos los más elementales derechos civiles para sus descendientes hasta 1960), de los propietarios y los no propietarios (nótese que la propiedad privada sólo existe cuando es exclusiva, esto es, cuando hay quienes no tienen nada).

La separación de los dominios políticos y económicos inmediatamente alza la cuestión de la convergencia o divergencia de los resultados de las lógicas específicas que los gobiernan. En otras palabras, ¿podría la «democracia» (signo taquigráfico que se pone por gobierno de la vida política) y el «mercado» (signo taquigráfico por el gobierno de la actividad económica), ser vistas como convergentes o divergentes? El postulado donde se funda el discurso en uso, y que es elevado al estatus de verdad tan autosustentada y evidente que no hay necesidad de discutirla, afirma que los dos términos convergen. La democracia y el mercado supuestamente se engendran recíprocamente, la democracia requiere al mercado y viceversa. Y nada puede estar más lejos de la verdad, como lo demuestra la historia real. Los pensadores de la Ilustración eran sin embargo más exigentes que el común de nuestros contemporáneos. Al revés de estos últimos, se preguntaban por qué había convergencia y bajo qué condiciones. Su respuesta a la primera pregunta se inspiraba en su concepto de «Razón», el común denominador de los modos de gobierno intentados para la democracia y el mercado. Si los hombres son razonables, entonces los resultados de sus opciones políticas podían sólo venir a reforzar los resultados producidos por el mercado. Esto, entonces, bajo la condición, obviamente, de que el ejercicio de los derechos democráticos esté reservada a seres provistos de razón, es decir, ciertos hombres -no mujeres, quienes, como sabemos, son guiadas solamente por sus emociones y no por la razón; no, por supuesto, los esclavos, los pobres, y los desposeídos (los proletarios), que sólo obedecen a sus instintos. La Democracia debe

⁸ El concepto de “Razón” (con mayúsculas) se refiere a una fuerza que existe por sí misma como expresión de lo verdadero y lo correcto; la “Razón” no es, en este caso, una razón de un Estado; es por sí misma lo que da sentido al Estado por medio del derecho, la política y la economía. La “Razón” flota como una fuerza ideal sin sustento histórico y material. Hegel, uno de los padres de la dialéctica, es quien, como idealista, propone la razón como supranatural y autorefrida-

pues basarse en calificaciones de propiedad, y quedar reservada a aquellos que simultáneamente son ciudadanos y empresarios. Entonces, naturalmente, es probable que sus opciones electorales sean siempre, o casi siempre, consistentes con sus intereses como capitalistas. Pero eso al mismo tiempo significa que en su convergencia con la economía, por no decir su subordinación, la política pierde su autonomía. La alienación economicista funciona aquí en plenitud, ocultando este hecho.

La ulterior extensión de los derechos democráticos a otros más allá de los ciudadanos empresarios, no fue el resultado espontáneo del desarrollo capitalista o la expresión de un requisito de tal desarrollo. Muy por el contrario, esos derechos fueron ganados gradualmente por las víctimas del sistema -la clase obrera, y más adelante, las mujeres. Fue el resultado de luchas contra el sistema, y aún si el sistema se las arreglaba para adaptarse a ellas, para «recuperar» sus beneficios, como se dice. ¿Cómo y a qué costo? Esa es la pregunta que debemos hacer aquí.

Esta extensión de los derechos necesariamente revela una contradicción expresada a través del voto democrático entre la voluntad de la mayoría (los explotados por el sistema) y el destino que el mercado tiene reservado para ellos; el sistema corre el riesgo de tornarse inestable, aún explosivo. Al menos, existe el riesgo -y la posibilidad- de que el mercado en cuestión deba someterse a la expresión de los intereses sociales, que no coincide con el máximo de beneficio del capital, al cual el dominio económico da prioridad. En otras palabras, existe el riesgo para algunos (el capital) y la posibilidad para otros (los obreros-ciudadanos) de que el mercado sea regulado en términos diferentes de esos que trabajaban con la estricta lógica unilateral: Eso es posible, por supuesto, y bajo ciertas condiciones llegó a ocurrir, como en el estado de bienestar de la posguerra.

Pero ese no es el único modo posible de apaciguar la divergencia entre la democracia y el mercado. Si la historia concreta produce circunstancias tales que los movimientos de crítica social lleguen a estar fragmentados e impotentes, y que la consecuencia llegue a ser no tener alternativas frente a la ideología dominante, entonces la democracia es vaciada de todo contenido que la lleve hacia el camino del mercado, y puede llegar a ser peligrosa para él. Usted puede votar libremente, de la manera que se le antoje: blanco, azul, verde, rosado o rojo. Haga lo que haga, no surtirá efecto, ya que su destino es resuelto en otra parte, fuera de los recintos del parlamento, en el mercado. La subordinación de la democracia al mercado (y no su convergencia) se refleja en el lenguaje de la política. La palabra «alternancia» (cambiar la cara del poder mientras se sigue haciendo lo mismo) ha reemplazado a la palabra «alternativa» (que significa hacer algo diferente).

Esta alternancia que implica solamente a un remanente insignificante dejado por la regulación del mercado, es en los hechos un signo de que la democracia está en crisis. Debilita la credibilidad y la legitimidad de los procedimientos democráticos y puede rápidamente llevar a un reemplazo de la democracia por un consenso ilusorio basado, por ejemplo, en el chauvinismo religioso o étnico.⁹

⁹ El concepto de Chauvinismo hace referencia a posturas políticas muy cercanas a los fundamentalismos religiosos, étnicos o ultranacionalistas; asimismo, expresa un rechazo a la pluralidad o a la diversidad nacional. (N de la R)

Desde el comienzo, la tesis de que habría una convergencia «natural» entre la democracia y el mercado contenía el peligro de que llegáramos a este punto. Presupone una sociedad reconciliada consigo misma, una sociedad sin conflicto, como lo sugiere alguna interpretación posmodernista. Pero la evidencia es concluyente en el sentido de que las relaciones del mercado capitalista global han generado aún más grandes desigualdades. La teoría de la convergencia -la noción de que el mercado y la democracia convergen- es hoy puro dogma: una teoría para una política imaginaria. Esta teoría es, en su propio dominio, la contrapartida de la «economía pura», que es la teoría, no del capitalismo realmente existente, sino de una economía imaginaria. Justo como el dogma del fundamentalismo del mercado, en todas partes se adelgaza frente a la realidad, ya no podemos tampoco aceptar la noción popular que hoy se propaga de que la democracia converge con el capitalismo.

Por el contrario, ya estamos con los ojos muy abiertos ante el potencial autoritario latente en el capitalismo. La respuesta del capitalismo al reto presentado por la dialéctica del individuo versus el colectivo (social) contiene, efectivamente, este peligroso potencial.

La contradicción entre el individuo y el colectivo, que es inherente en cualquier sociedad a cualquier nivel de su realidad, fue superada, en todos los sistemas sociales antes de los tiempos modernos, mediante la negación del primer término -esto es, por la domesticación del individuo por la sociedad. El individuo es reconocible sólo, por y a través de su estatus en la familia, el clan, y la sociedad. En la ideología del mundo (capitalista) moderno, los términos de la negación se revierten: la modernidad se declara a sí misma en los derechos de los individuos, aún en oposición a la sociedad. En mi opinión, esta reversión es solamente una precondition de la liberación, el comienzo de la liberación. Porque al mismo tiempo libera un potencial para la agresividad permanente en las relaciones entre los individuos. La ideología capitalista expresa esta realidad mediante su ética ambigua: larga vida a la competencia, dejemos que sobreviva el más fuerte. El efecto devastador de tal ideología se contiene a veces por la coexistencia de otros principios éticos, la mayoría de orígenes religiosos o heredados de otras formas sociales más tempranas. Pero dejen caer estas represas, y la ideología unilateral de los derechos del individuo -sea en las versiones popularizadas por De Sade o Nietzsche, o en su versión americana- sólo producirá horror empujada hasta sus límites, autocracia y fascismo suave o duro.

Pienso que Marx subestimó este peligro. Quizás al no preocuparse en desarrollar ilusiones que estimularan las adicciones por el pasado, no habría previsto todo el potencial reaccionario de la ideología burguesa del individuo. Dirigió sus preferencias a la sociedad Americana, con el pretexto de que no sufría de los vestigios del pasado feudal que frenaba el progreso en Europa.¹⁰ Quisiera sugerir, por el contrario, que el pasado de la Europa feudal rinde cuentas de algunas característi-

¹⁰ Evidentemente no puede pensarse que Marx advirtiera de todas las consecuencias (materiales e ideales, individuales y colectivas) del capitalismo, en la época histórica que le correspondió enfrentar. Marx, tan sólo ello (¡Vaya modo de decir el tan sólo ello!), construyó el conjunto de principios teórico-metodológicos con base en los cuales, quienes enfrentamos hoy nuestra responsabilidad, pudiéramos realizar los análisis correspondientes y sugerir las alternativas posibles y deseables. (N de la R).

cas relativamente positivas en su favor. Baste ver el grado de violencia que domina la vida diaria en los EEUU, que está fuera de toda proporción con lo que ocurre en Europa... ¿podría eso atribuirse a la ausencia de antecedentes pre-modernos en los EEUU? Para ir más lejos, ¿no podríamos atribuir a estos antecedentes -donde existan- un papel positivo en la emergencia de elementos de una ideología pos-capitalista que enfatice valores de generosidad y de solidaridad humana? ¿Su ausencia, no estará reforzando la sumisión al poder dominante de la ideología capitalista? ¿Es mera casualidad que, precisamente, el autoritarismo «blando» (alternándose con fases de autoritarismo duro, como la experiencia del McCartismo podrá hacer recordar a todos aquellos que la han borrado de su memoria de la historia reciente) es una de las características permanentes del modelo americano? ¿Es pura casualidad que por esta razón los EEUU provea el modelo de democracia de baja intensidad, al punto que la proporción de gente que se abstiene de votar no se ve en ninguna parte y que -otro hecho que no es accidental- sean precisamente los desheredados los que quedan al margen de las votaciones *en masse*?

¿De qué modo una síntesis dialéctica más allá del capitalismo pudiera hacer posible reconciliar los derechos del individuo con los de la colectividad? ¿De qué modo esta posible reconciliación pudiera dar más transparencia a la vida individual y a la vida de la sociedad? Estas son preguntas que no intentaremos contestar aquí, pero que definitivamente se proponen solas, y que por supuesto son un reto al concepto burgués de democracia e identifican sus límites históricos.

Si no hay convergencia, ni menos una convergencia «natural», entre el mercado y la democracia, debemos concluir que el desarrollo -entendido en su sentido corriente de crecimiento económico acelerado a través de la expansión de los mercados (y hasta ahora ha habido escasamente alguna experiencia de desarrollo de una clase diferente)- ¿es compatible con algún grado avanzado de democracia?

No faltan hechos que apoyen esta tesis. Los «éxitos» de Corea, de Taiwán, de Brasil bajo la dictadura militar, y de los populismos nacionalistas en su fase de ascenso (Nasser, Boumadienne, el Irak del Baath, etc.) no se cumplieron por sistemas que tuvieran mucho respeto por la democracia. Más atrás, Alemania y Japón, en la fase en que capturaron el momento, fueron ciertamente menos democráticos que sus rivales Británicos o Franceses. Los experimentos socialistas modernos, fuero escasamente democráticos, y ocasionalmente registraron altos índices de crecimiento. Pero por el otro lado, uno pudo observar que la Italia democrática de la posguerra se modernizaba con una rapidez y una profundidad que el fascismo, con toda su fanfarronería, nunca alcanzó, y que la Europa Occidental, con su socialdemocracia avanzada (el estado de bienestar de la posguerra), experimentó el más prodigioso crecimiento en la historia. Uno puede fortalecer la comparación a favor de la democracia enumerando incontables dictaduras que sólo engendraron estancamiento y aún masas devastadoras de dificultades interconectadas.

¿Podríamos entonces adoptar una posición reservada y relativista, rehusar establecer cualquier clase de relación entre el desarrollo y la democracia, y decir que si son compatibles o no, eso dependería de condiciones concretas específicas? Esa actitud es aceptable si nos contentamos con la definición «ordinaria» de desarrollo, identificado con el crecimiento acelerado dentro del sistema. Pero eso ya no es aceptable, si nosotros atendemos a la segunda de las tres proposiciones establecidas al comienzo de este estudio. Entender que el capitalismo globalizado es por

naturaleza polarizador y que ese desenvolvimiento es un concepto crítico, que implica que el desarrollo debe ocurrir dentro del marco de la construcción de una alternativa, la sociedad poscapitalista. Esa construcción sólo puede ser el producto de la voluntad y de la acción progresiva del pueblo. ¿Hay allí una definición de democracia diferente a lo que está implícito en esa voluntad y en esa acción? Es en este sentido que la democracia es verdaderamente la condición del desarrollo. Pero esta es una proposición que ya no tiene nada que ver con lo que el discurso dominante intenta decir sobre este tema. Nuestra proposición concluye diciendo que en efecto no podrá haber socialismo (si usamos este término para designar una alternativa poscapitalista mejor) sin democracia, pero también que no puede haber progreso en democratización sin una transformación socialista.

El observador «realista» que estaba esperando esto de mí, no perderá tiempo en señalar que la experiencia del socialismo realmente existente alega en contra de la validez de mi tesis. Verdad. La versión popular del marxismo histórico soviético efectivamente decreta que la abolición de la propiedad privada significa derechamente que ha sido reemplazada por la propiedad social. Ni Marx ni Lenin jamás llegaron a tal simplificación. Para ellos, la abolición de la propiedad privada del capital y de la tierra era sólo el primer acto necesario para iniciar una posible larga evolución hacia la constitución de la propiedad social. La propiedad social llega a ser una realidad sólo desde el momento en que la democratización ha realizado tales poderosos progresos que los ciudadanos-productores han llegado a ser amos de todas las decisiones tomadas a todos los niveles de la vida social, desde el lugar de trabajo a las cumbres del Estado. El más optimista de los seres humanos no podría imaginar que este resultado pudiera alcanzarse en cualquier parte del mundo -se trate de los EEUU, de Francia o del Congo- en «unos pocos años», como en los pocos años al final de los cuales se proclamó que en algún lugar o en otro se había completado la construcción del socialismo. Ya que la tarea es nada menos que la construcción de una nueva cultura, que requiere de generaciones sucesivas que gradualmente se transforman a si mismas mediante su propia acción.

El lector captará rápidamente que hay una analogía, y no una contradicción, entre 1) el funcionamiento en el capitalismo histórico, de la relación entre el liberalismo utópico y la dirección pragmática, y 2), el funcionamiento en la sociedad soviética, de la relación entre el discurso ideológico socialista y la dirección real. La ideología socialista en cuestión es la bolchevique que, siguiendo la de la socialdemocracia europea anterior a 1914 (y sin tener ninguna quiebra con ella en este punto fundamental), no criticó la convergencia «natural» de las lógicas entre los diferentes dominios de la vida social y dio un «significado» a la historia sobre una interpretación lineal y fácil de su curso «necesario». Esa era sin duda una manera de leer el Marxismo histórico, pero no era la única manera de leer a Marx (de todos modos, no es la mía). La convergencia es expresada aquí de la misma manera: vista desde el punto de vista impuesto por el dogma, la dirección de la economía por el Plan (substituido por el mercado) obviamente produce una respuesta apropiada a las necesidades. La Democracia sólo puede reforzar las decisiones del Plan, oponérsele es irracional. Pero aquí el socialismo demasiado imaginativo corre en contra de las demandas de la dirección del socialismo realmente existente, que se enfrenta a problemas reales y serios, entre otros, por ejemplo, desarrollar las fuerzas productivas para «capturar el momento». Los poderes en presencia proveen para eso prácticas cínicas que no son ni pueden ser aceptadas. El totalitarismo es común a ambos sistemas y se expresan de la misma manera, mediante la mentira sistemática. Si

sus manifestaciones fueron más violentas en la URSS, es porque el retraso que debía superarse era un peso tan grande, mientras el progreso que se realizaba en Occidente tenía confortables cojines en donde descansar (de ahí el frecuente «totalitarismo light» o blando, como en el caso del consumismo de los períodos de crecimiento fácil).

Abandonar la tesis de la convergencia y aceptar la del conflicto entre las lógicas de los diferentes dominios, es el prerrequisito para interpretar la historia de una manera que potencialmente reconcilie la teoría con la realidad. Pero es también el prerrequisito para diseñar estrategias que hagan posible llevar a cabo acciones efectivas -esto es, realizar progresos en todos los aspectos de la sociedad. La íntima relación entre el desarrollo social real y la democratización, tan cercana que son inseparables, nada tiene que ver con la cháchara sobre el tema ofrecido por los proponentes de la ideología dominante. Su pensamiento es siempre de segunda clase, confuso, ambiguo, y al final, a pesar de lo que a veces sea aparente, reaccionario. Como consecuencia, llega a ser la herramienta perfecta del poder dominante del capital.

La democracia es necesariamente un concepto universalista, y no puede tolerarse ningún lapsus de esa virtud esencial. Pero el discurso dominante -aún ese que emana de fuerzas que subjetivamente se clasifican como «de izquierda»- da una interpretación sesgada de democracia que al final niega la unidad de la especie humana a favor de «razas», «comunidades», «grupos culturales», etc. La política de identidad de los Anglo-Sajones, cuya expresión agregada en el «comunitarismo», es un ejemplo sobresaliente de esta negación de la igualdad real de los seres humanos. Desear ingenuamente, aún con las mejores intenciones, formas específicas de «desarrollo comunitario» -que serán reclamadas después, es algo que se produjo por voluntad expresada democráticamente, en comunidades (de las Indias Occidentales en los suburbios de Londres, o entre los Nor Africanos en Francia, o entre los negros de los EEUU, etc)- lo que significa encerrar a los individuos dentro de esas comunidades y encerrar esas comunidades dentro de los límites de hierro de las jerarquías que impone el sistema. Es nada menos que un tipo de apartheid que no es reconocido como tal.

El argumento avanzado por los promotores de este modelo de «desarrollo comunitario» pareciera ser a la vez pragmático («hacer algo por los desposeídos y las víctimas, que se han juntado en estas comunidades») y democrático («las comunidades están dispuestas a afirmarse como tales»). Sin duda una gran cantidad de decires universalistas han sido y siguen siendo pura retórica, que no llama a ninguna estrategia por una acción efectiva que cambie el mundo, la que obviamente significaría considerar formas concretas de lucha contra la opresión sufrida por estos grupos particulares. De acuerdo. Pero la opresión en cuestión no puede ser abolida si al mismo tiempo le imponemos un marco dentro del cual se reproducirá a si misma, aún en formas más suaves.

La vinculación que los miembros de una comunidad oprimida pudieran sentir por su propia cultura de opresión, por mucho que respetemos sus sentimientos en abstracto, es sin embargo el producto de la crisis de la democracia. Es porque la efectividad, la credibilidad y la legitimidad de la democracia han sido horadadas, que los seres humanos buscan refugio en la ilusión de una identidad particular que los pueda proteger. Entonces nos topamos en la agenda con el culturalismo, esto es, la afirmación de que cada una de estas comunidades (religiosas, étnicas, sexuales, u otras) tiene sus propios valores irreductibles (esto es, valores que no tienen significación univer-

sal). El culturalismo, como he dicho antes, no es un complemento de la democracia, una manera de aplicarla concretamente, sino todo lo contrario, una contradicción a ella. ¹¹

La globalización de las luchas sociales: Condiciones para una reanudación del Desarrollo

Los escenarios del futuro dependen extensamente de nuestra visión sobre las relaciones entre las fuertes tendencias objetivas y las respuestas que los pueblos, y las fuerzas sociales de que están compuestos, den a los retos que representan esas tendencias. Así pues, hay un elemento de subjetividad, de intuición, que no puede eliminarse. Y eso está bien, ya que significa que el futuro no está programado de antemano, y que el producto de la imaginación inventiva, para usar la fuerte expresión de Castoriadis, tiene su lugar en la historia.

Es especialmente difícil hacer predicciones en un período como el nuestro, cuando todos los mecanismos políticos e ideológicos que gobiernan la conducta de los diversos actores han desaparecido. Cuando llegó a su fin el período de la post-Segunda Guerra Mundial, la estructura de la vida política colapsó.

Tradicionalmente las luchas políticas y la vida política se conducían en el contexto de los estados nacionales cuya legitimidad no era cuestionada (la legitimidad de un gobierno podía cuestionarse, pero no la del Estado). Detrás y dentro del Estado, los partidos políticos, los sindicatos, y unas cuantas grandes instituciones -como las asociaciones nacionales de empleadores y los círculos que los medios llamaban «la clase política» constituían la estructura básica del sistema en el que los movimientos políticos, las luchas de clases y las corrientes ideológicas venían a expresarse. Pero ahora nos encontramos con que casi en todos los lugares del mundo estas instituciones han perdido en un grado u otro gran parte, sino toda, su legitimidad. La gente «ya no cree en ellas». Así, en su lugar, han surgido «movimientos» de diversa suerte, movimientos centrados en las demandas de los Verdes, o movimientos de las mujeres, movimientos por la democracia o la justicia social y movimientos de grupos que afirman su identidad como comunidades étnicas o religiosas. Esta nueva vida política es por eso altamente inestable.

Valdría la pena discutir concretamente la relación entre esas demandas y movimientos y la crítica radical de la sociedad (esto es, del capitalismo realmente existente) y de la dirección neoliberal globalizada. Ya que algunos de estos movimientos se juntan -o pueden juntarse- en el rechazo consciente de la sociedad proyectada por los poderes dominantes, otros, al contrario, no se intere-

¹¹ Tras el concepto de culturalismo, sin embargo, se expresa también una serie de premisas que parecen irreductibles; nadie podría dejar de admitir, desde luego tampoco Samir Amín, que ciertas formas de pensamiento y la estructuración de la personalidad de los individuos no se rige por principios universales. El conjunto de condiciones materiales e históricas de existencia de ciertas formas de organización social se constituyen a partir de la actividad (conceptual y práctica) de los individuos que la conforman; asimismo, estas condiciones son, a la vez, determinadas y determinantes del desarrollo de los individuos. Más que una contradicción irresoluble entre valores éticos o ideológicos universales y formas culturalmente determinadas de expresión de la vida social (o colectiva), encontramos la convergencia dialéctica de diferentes niveles de expresión de la vida sociocultural. (N de la R).

san en esto y no hacen nada por oponerse a eso. Algunos movimientos son manipulados y apoyados (por los poderes dominantes.), abierta o encubiertamente, a otros los combaten resueltamente -esa es la regla en la nueva y aún no bien establecida vida política.

Hay una estrategia política global para el gobierno mundial. El objetivo de esta estrategia es producir la más grande fragmentación posible de fuerzas potencialmente hostiles al sistema, apadrinando la atomización de las formas estatales de organización de la sociedad. ¡Que haya tantas y tantos Eslovenias, Chechenias, Kosovos y Kuwaits como sea posible! En conexión con esto, se da la bienvenida a la posibilidad de manipular demandas basadas en las identidades separadas. La cuestión de la identidad de la comunidad-étnica, religiosa, o de cualquier otra clase -es por eso uno de los problemas centrales de nuestro tiempo.

El principio democrático básico, que implica el respeto real por la diversidad (nacional, étnica, religiosa, cultural e ideológica), no puede tolerar ninguna excepción. La única manera de sostener la diversidad es mediante la práctica de una genuina democracia. Fallando esto, llega a ser inevitablemente un instrumento que el adversario puede usar (menos a menudo ella) para sus propios fines. Pero a este respecto las diversas izquierdas en la historia a menudo han estado faltando. No siempre, por supuesto, y mucho menos de lo que con frecuencia se dice. Un ejemplo entre otros: la Yugoslavia de Tito fue casi un modelo de coexistencia de nacionalidades, sobre una base de igualdad, pero no ciertamente Rumania. En el Tercer Mundo del período de Bandung, los movimientos de liberación nacional a menudo se las arreglaron para unir a diferentes grupos étnicos y comunidades religiosas contra el enemigo imperialista. Muchas clases dirigentes en la primera generación de los estados africanos, eran realmente trans-étnicas. Pero pocos poderes fueron capaces de administrar la diversidad democráticamente o, cuando se ganaba con ello, de mantenerla. Su débil inclinación por la democracia produjo resultados deplorables tanto en este dominio como en la administración de otros problemas de sus sociedades. Cuando llegó la crisis, las clases dirigentes muy presionadas, y sin poderes para confrontarlos, hasta llegaron a jugar un rol decisivo en el recurso de alguna comunidad étnica particular para separarse, lo que fue usado como un medio para prolongar su «control» de masas. Aún en muchas auténticas democracias burguesas, la diversidad entre las comunidades está lejos de haber sido administrada correctamente. Irlanda del Norte es un claro ejemplo.

El culturalismo ha sido exitoso en la medida en que ha fallado la administración democrática de la diversidad. Por culturalismo quiero significar la afirmación de que las diferencias en cuestión son «primordiales», que debe dárseles a éstas «prioridad» (sobre las diferencias de clase, por ejemplo), e incluso que estas diferencias son «Transhistóricas», esto es, basadas en invariables históricas. (Esto último es a menudo el caso con los culturalismos religiosos, que fácilmente se deslizan hacia el oscurantismo y el fanatismo).¹²

Para salir de este atolladero de las demandas basadas en la identidad, propondría lo que pienso es un criterio esencial. Esos movimientos cuyas demandas están conectadas con la lucha contra la explotación y por una más amplia democracia en cualquier dominio, son progresivos. Por el

¹² Esta definición de culturalismo es atinada en virtud de que la refiere a las cuestiones políticas y de clase, no de carácter psicológico o de expresión sociocultural. (N de la R).

contrario, esos que se presentan a sí mismos, como carentes de un «programa social» (ya que suponen que eso no es importante!)- que se declaran «no hostiles a la globalización» (porque eso tampoco es importante!)-a fortiori esos que se declaran ajenos al concepto de democracia (que acusan de ser un invento Occidental)-son abiertamente reaccionarios y sirven los fines del capital dominante a la perfección. El capital dominante sabe esto, y al caso, apoya sus demandas (aún cuando la media saca ventajas de su bárbaro contenido para denunciar a los pueblos que son sus víctimas!), usando y manipulando estos movimientos.

La democracia y los derechos de los pueblos, que invocan hoy los mismos representantes del capital dominante, escasamente pueden concebirse salvo como medios políticos de la dirección neoliberal en la crisis contemporánea mundial, como un complemento a los medios económicos. La democracia en cuestión depende de los casos. Lo mismo es verdad con respecto al «buen gobierno», del que también hablan. En adición, porque esto queda enteramente al servicio de las prioridades que imponen las estrategias de EEUU/Triada, y entonces es también cínicamente usado como instrumento. De ahí la extensa aplicación del doble estándar. Por ejemplo, nada de intervenciones a favor de la democracia en Afganistán o en los países del Golfo Pérsico, así como no se metieron ayer en los caminos de Mobutu, u hoy, en los de Svabimbi, y de muchos otros, mañana. En algunos casos, los derechos de los pueblos son sagrados (hoy en Kosovo, mañana en Tíbet), y en otros casos son olvidados (en Palestina, el Kurdistán, Chipre, los Serbios de Krajina, a los que los croatas expulsaron por la fuerza, etc.) Incluso el terrible genocidio de Rwanda no ocasionó ninguna investigación seria sobre la parte de responsabilidad de los estados que dieron su apoyo diplomático a los gobiernos que lo prepararon abiertamente. Sin duda la abominable conducta de ciertos regímenes facilita la tarea al proveer pretextos que son fáciles de explotar. Pero el silencio cómplice en otros casos le quita toda credibilidad a estos discursos sobre la democracia y los derechos de los pueblos. Uno no puede menos que cumplir con los requerimientos de la lucha por la democracia y el respeto de los pueblos, sin los cuales no hay progreso.

Este es afortunadamente el caso, en esta nueva fase que estamos presenciando de ascenso de las luchas en que está envuelto el pueblo trabajador víctima del sistema. Los campesinos sin tierra en Brasil; asalariados y desempleados, en algunos países de Europa; sindicatos que incluyen a la gran mayoría de los que perciben un salario (en Corea del Sur o en Sud África); jóvenes y estudiantes que traen consigo a las clases trabajadoras urbanas (como en Indonesia) -y la lista crece cada día. Estas luchas sociales están destinadas a expandirse. Serán seguramente muy pluralistas, lo que es una de las características positivas de nuestro tiempo. Sin duda este pluralismo surge de los resultados acumulados de los llamados «nuevos movimientos sociales» -los movimientos feministas, los movimientos ecologistas, los movimientos democráticos. Por supuesto, tendrán que enfrentar diferentes obstáculos a su desarrollo, dependiendo del tiempo y del lugar.

El problema central aquí es cuál es la relación que se dará entre los conflictos dominantes, por lo que quiero decir los conflictos globales entre diversas clases dominantes -esto es, los estados -cuya posible geometría he tratado de delinear más arriba. ¿Quién vencerá? ¿Las luchas sociales estarán subordinadas, contenidas en el más amplio contexto imperial-global de los conflictos, y por ello, serán controladas por los poderes dominantes, movilizadas para sus propósitos si es que no simplemente manipuladas? ¿O, por el contrario, las luchas sociales ganarán autonomía y forzarán a los poderes a adaptarse a sus demandas?

MUHAMMAD

Mahmud Darwix

Poeta palestino (n. 1941). Este poema fue publicado en el periódico al-Quds el 21 y 22 de octubre de 2000. Recrea las conocidas imágenes del asesinato, el 30 de septiembre de 2000, del niño Muhammad al-Durra, acribillado en brazos de su padre.

(Publicado en la sección «Cultura» de Nación Árabe, núm. 43, Invierno de 2001. Traducido del árabe por Luz Gómez e Ignacio Gutiérrez de Terán)

Muhammad,
acurrucado en brazos de su padre, es un pájaro temeroso
del infierno del cielo: papá, protégeme,
que salgo volando, y mis alas son
demasiado pequeñas para el viento... y está oscuro.

Muhammad,
quiere volver a casa, no tiene
bicicleta, tampoco una camisa nueva.
Quiere irse a hacer los deberes
del cuaderno de conjugación y gramática: llévame
a casa, papá, que quiero preparar la lección
y cumplir años uno a uno...
en la playa, bajo la palmera...
Que no se aleje todo, que no se aleje...

Muhammad,
se enfrenta a un ejército, sin piedras ni
metralla, no escribe en el muro: «Mi libertad
no morirá» -aún no tiene libertad
que defender, ni un horizonte para la paloma
de Picasso. Nace eternamente el niño
con su nombre maldito.
¿Cuántas veces renacerá, criatura
sin país sin tiempo para ser niño?
¿Dónde soñará si se queda dormido...
si la tierra es llaga y templo?

Muhammad,
ve su muerte viniendo ineluctable, pero
se acuerda de una pantera que vio en la tele,
una gran pantera con una cría de gacela acorralada; mas al
oler de cerca la leche
no se abalanza,
como si la leche domara a la fiera de la estepa.
«Entonces -dice el chico- me voy a salvar».
Y se echa a llorar: «mi vida es un escondite
en la alacena de mi madre, me voy a salvar... yo daré fe».

Muhammad,
ángel pobre a escasa distancia del
fusil de un cazador de sangre fría. Uno
a uno la cámara acecha los movimientos del niño,
que se funde con su imagen:
su rostro, como la mañana, está claro,
claro su corazón como una manzana,
claros sus diez dedos como cirios,
claro el rocío en sus pantalones.
Su cazador debería habérselo pensado
dos veces: le voy a dejar hasta que sepa deletrear
esa Palestina suya sin equivocarse...
me lo guardo en prenda
y ya le mataré mañana, ¡cuando se revuelva!

Muhammad,
un jesucito duerme y sueña en
el corazón de un icono
fabricado de cobre,
de madera de olivo,
y del espíritu de un pueblo renovado.

Muhammad,
hay más sangre de la que precisan los noticieros
y a ellos les gusta: súbete ya
al séptimo cielo,
Muhammad.

Al Pueblo de México

A las organizaciones revolucionarias

A los pueblos del mundo

Un día 10 de abril del año de 1919, a las 14:10 horas, fue asesinado a traición, por el ejército federal carrancista, el General Emiliano Zapata Salazar, genuino representante de la lucha revolucionaria en nuestro país.

El día 10 de abril de 1919 no sólo confirma el hecho de que no se puede confiar en la palabra de la burguesía y sus representantes que invariablemente mienten y traicionan los principios más elementales del diálogo político; que la burguesía y sus instrumentos de control político y militar jamás renunciarán al propósito de liquidar a quienes se oponen a su proyecto de nación; que el objetivo irrenunciable de ellos consiste en mantener el estado de cosas que les permite mantenerse en el poder y la opulencia...

El día 10 de abril de 1919 también evidencia que para el pueblo no existe otra opción que su organización y lucha revolucionarias en pos de lograr la constitución de un poder popular que le permita poseer el ejercicio pleno y libre de su autodeterminación política, económica y cultural.

No podemos admitir que con el asesinato a mansalva del General Emiliano Zapata, se liquidó también al proyecto de nación que dio sentido a la lucha del Ejército Libertador del Sur.

Hoy, más que nunca, es necesario reconocer que existe una continuidad en la lucha revolucionaria de nuestro pueblo y que no es posible dar por terminada nuestra tarea hasta no ver logradas las metas que se propuso el General Emiliano Zapata

El General Emiliano Zapata, más que un símbolo, es el representante de las luchas de nuestro pueblo por constituir un verdadero poder popular que enfrente, como opción para el mismo, el proyecto de país que ha impulsado el conjunto de los sectores sociales que siempre ha pretendido hacer de nuestra nación un Estado servil hacia quienes detentan el poder político y económico, tanto nacional como internacional.

Este 10 de abril convocamos a nuestro pueblo a organizarse y luchar, a través de los medios de lucha que estén a su alcance, por transformar

radicalmente las condiciones materiales de existencia que le condena a vivir en la miseria, la opresión, la ignominia y la alienación que le torna en una pieza más de la producción capitalista e imperialista.

Este 10 de abril saludamos a las organizaciones revolucionarias (El Ejército Zapatista de Liberación Nacional, el Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente, las Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo, Ejército Villista Revolucionario del Pueblo, Partido Democrático Popular Revolucionario-Ejército Popular Revolucionario), porque muestran, en su conjunto, que la lucha sigue y Zapata vive.

Este 10 de abril saludamos a los pueblos de otras latitudes del planeta que, como nosotros, luchan hoy por la defensa irrestricta de los mismos ideales y que demuestran que el poder popular es la opción que tenemos para defendernos de las agresiones del imperialismo; particularmente al pueblo palestino que resiste heroicamente la barbarie imperialista y sionista que pretenden liquidar a la Autoridad Nacional Palestina y al espíritu indestructible de independencia y libertad.

Convocamos a nuestro pueblo y sus organizaciones a manifestar frente a las embajadas de los Estados Unidos e Israel nuestro repudio a su política criminal y asesina, semejante a la del nazismo alemán de hace más de medio siglo...

Nuestro mejor homenaje al General Emiliano Zapata debe ser la lucha y no sólo las efemérides.

¡¡¡ Honor y Gloria al General Emiliano Zapata Salazar !!!

¡CONTRA EL NEOLIBERALISMO, EL PODER POPULAR!

PARTIDO DEMOCRÁTICO POPULAR REVOLUCIONARIO

EJERCITO POPULAR REVOLUCIONARIO

TENDENCIA DEMOCRÁTICA REVOLUCIONARIA

PDPR-EPR-TDR



¡CONTRA EL NEOLIBERALISMO, EL PODER POPULAR!

PARTIDO DEMOCRÁTICO POPULAR REVOLUCIONARIO

EJERCITO POPULAR REVOLUCIONARIO

TENDENCIA DEMOCRÁTICA REVOLUCIONARIA

PDPR-EPR-TDR